

HACIA LAS RAICES DEL NACIONALISMO TEOLOGICO LATINOAMERICANO

Entre la Política como Teología y la Teología como Política

Notas correctivas y suplementarias

Horacio Bojorge S.J.

Montevideo

Cuando ya era tarde para corregir el manuscrito de mi artículo publicado en *Perspectiva Teológica* N° 21, pp. 307 ss. pude tener acceso a nueva documentación bibliográfica. Afortunadamente, la corrección y el complemento que debo comunicar a mis lectores, no toca la sustancia de lo expuesto en mi artículo ni la validez de sus conclusiones.

El complemento de información obtenida toca a dos de las figuras citadas en el artículo. Primero al P. Angel Sánchez. Segundo al P. Juan Pablo Viscardo.

D) ANGEL SANCHEZ ALJOFRIN (1727-1803)

En cuanto al P. Angel Sánchez (de la extinguida Compañía de Jesús, natural de Río Seco) debe rectificarse en mi escrito el dato equivocado de que fuera mexicano. El error se debió a una interpretación de

los escuetos datos que me ofrecía Sommervogel y a una identificación abusiva de este jesuita castellano con alguno de los numerosos homónimos que ofrece la Historia de los jesuitas mexicanos.

Gracias a la generosa asistencia informativa de los Padres Miguel Batllori, José Martínez de la Escalera, Conrado Pérez y Hugo Storni, puedo ofrecer al lector algunos datos complementarios sobre este jesuita cuya vida y obra espera aún ser objeto de una monografía más detallada. El error cometido nos hace sentir la obligación de conciencia de ilustrar más extensamente al lector acerca de este jesuita. Es una figura de relevancia y sin embargo poco estudiada hasta ahora, para la historia de las versiones bíblicas al castellano en el siglo XVIII.

Angel Sánchez Aljofrín nació en Medina de Rioseco (Valladolid, Diócesis de Palencia, Castilla, España) el 1º de marzo de

1727. Entró en la Compañía de Jesús, en el Noviciado de Villagarcía de Campos, el 28 de abril de 1747. Hizo sus primeros votos el 29 de abril de 1749. Fue ordenado sacerdote el 15 de octubre de 1755, en Valladolid, por el obispo Isidro Cossio y Bustamante, y emitió la profesión solemne en Salamanca el 15 de agosto de 1764. En 1761 se encuentra enseñando filosofía en el Colegio S. Ambrosio de Valladolid; en 1764 teología en Salamanca y en 1767 está otra vez — según los catálogos — en S. Ambrosio como prefecto de casos de conciencia y confesor en el templo. Como estudiante de filosofía en Medina del Campo debió destacar por su talento porque según nos comunica el P. Conrado Pérez, "El Padre José Petisco, escriturista que iba a hacerse famoso por su versión bíblica al castellano y que ese entonces se especializaba en Lyon en lenguas bíblicas y clásicas para enseñar en Villagarcía, escribía al Padre Isidro López, que también estaba en Francia pensionado oficialmente por el Marqués de la Ensenada: Oh, qué pérdida para los artistas (los estudiantes de filosofía) de Medina, sobre todo para el ingenio, aún poco conocido de Angel Sánchez. (Carta inédita del 20 diciembre 1751 desde Lyon)".

Ya en los tiempos en que Sánchez se iniciaba en la enseñanza de las Letras, en Medina del Campo, se mostró partidario

de la renovación de los estudios clásicos introducida por el Padre Idiáquez, y que consistía en reducir la dosis de preceptiva gramatical en favor de un contacto mayor y más directo con los textos de los autores clásicos.

Las provincias españolas y americanas de la Compañía en el siglo XVIII vivieron vicisitudes intelectuales muy semejantes, como podrá apreciar el lector que se tome el trabajo de comparar las historias de las reformas de estudio en Castilla y México, cosa fácil de hacer a nivel de obras generales como las de Astráin, para la Asistencia de España, y la de Gerard Decorme para la Provincia Mexicana. Por otra parte, esa generación de jesuitas españoles y americanos se encontró en el exilio italiano, y su producción literaria ha sido estudiada minuciosamente por Miguel Batllori S.J. en: *La Cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos* (Madrid, Ed. Gredos 1966).

No sólo para desagaviar al P. Sánchez por la inexactitud cometida con su figura digna de más exacta y pormenorizada memoria, sino también para suplir la carencia de datos publicados acerca de su vida y obra, que merecen ser más conocidas por la relevancia que tienen para la historia de las versiones bíblicas castellanas, pensamos divulgar en un artículo los datos biográficos que debemos a la

gentileza de los historiadores jesuitas antes citados, y una selección de su versión anotada de los libros sapienciales.

II) JUAN PABLO VISCARDO (1748-1798)

Después de redactado nuestro artículo vinimos en conocimiento de la obra del P. Miguel Batllori S.J. *El Abate Viscardo. Historia y Mito de la intervención de los jesuitas en la Independencia de Hispanoamérica* (Caracas 1953, Publ. de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Historia y Geografía). Sólo podemos disculparnos de esta ignorancia ante el comprensivo lector que conozca las condiciones de trabajo y estudio locales. La obra de Batllori corrige, confirma y afina nuestras intuiciones. "El mito del abate Viscardo no es un mito personal. Está encuadrado en otro mito más infrahistórico aún, que presenta a los jesuitas — a los ex jesuitas desterrados de América y aventados por Europa en 1768 — como una de las fuerzas ocultas o una de las sociedades secretas que, en labor conjunta con judíos y masones, intervinieron activamente en la independencia de las naciones americanas" (p. 13). Así como sería mítico exagerar el papel de los jesuitas en el movimiento político de emancipación, sería antihistórico negarles una conciencia americanista. Los jesuitas expulsados "se-

guían con pasión cuanto les llegaba de aquel mundo lejano y amado, del que les arrancó la violencia y el despotismo ilustrado. Sólo que, por su preparación espiritual y cultural, habían de manifestar su interés más en el campo de la cultura que en el de la acción política; y en aquél, pocos grupos hispanoamericanos son más acreedores de el doble aspecto de difundir por Europa el conocimiento de América y de contribuir a la formación de una conciencia americana distinta, y aun contrapuesta a la conciencia hispánica. Expuse estas ideas en mi discurso *América en el pensamiento de los jesuitas expulsos*, en Boletín de la Academia Nacional de Historia (Buenos Aires) 23 (1950) 221-223.

Un simple vistazo a las publicaciones de los españoles peninsulares y de los hispanoamericanos que compartían el destierro de Italia, nos da la impresión de que entre una multitud de rasgos comunes asoman ya peculiaridades bien definidas" (p. 163). Un somero análisis comparativo de las obras de ambos grupos de jesuitas le permite al P. Batllori sacar esta conclusión: "Esta visión sumaria de las actividades americanistas desplegadas en Italia por los ex jesuitas desterrados, principalmente por los nativos de América, nos sitúa — creo — en el verdadero morador de la Historia: desde él comprendemos que aquellos *españoles americanos* — para citar por última

vez a Juan Pablo Viscardo, el más avanzado de todos — no eran ya españoles puros, ni todavía americanos puros: ellos representan, ya lo he insinuado, una fase regionalista prenatal, en la que la nostalgia de desterrados representó el papel que el romanticismo histórico había de ejercer, un siglo más tarde, sobre muchos estados europeos faltos de homogeneidad nacional. Si no hubieran venido, desde fuera, la independencia de los Estados Unidos, la revolución francesa y la invasión napoleónica en España, lo más probable es que los pueblos hispanoamericanos, antes de alcanzar su plena emancipación, hubieran desarrollado un regionalismo cultural semejante al de los ex jesuitas, necesariamente con reflejos políticos también, pero con una lentitud que les hubiera dado tiempo — tal vez medio siglo — para crear una cultura diferencial, base de su definitiva autonomía. En esa cooperación de los expulsos en la búsqueda de una conciencia nacional americana radica, según creo, la verdadera e histórica intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica" (p. 171).

La vigorosa síntesis y el ajustado juicio histórico del Padre Batlori no podía, por lo suscitada, desarrollar todas las implica-

ciones de su pensamiento. Nos parece que lo que nosotros afirmamos en nuestro artículo acerca de los orígenes del sentimiento teológico latinoamericano entre los jesuitas expulsos, es sólo la explicitación coherente de una faceta — la teológica — de esa panorámica.

Al incursionar lateralmente en el tema de las Raíces del Nacionalismo Teológico Latinoamericano, lo hicimos desde una inquietud bíblica y hermenéutica. Debimos abandonar el campo de nuestra especialidad y aventurarnos en dominios que son de competencia del historiador. No nos admira haber dejado lagunas inexploradas al entrar en terreno ajeno, o habernos deslizado en un error acerca de Angel Sánchez. Ni siquiera es posible en estas latitudes al biblista ponerse a reparo de lagunas de documentación en su propia disciplina, cuánto más si incursiona en una ajena. Pero nos pareció deber de honestidad elemental volver desde las hospitalarias páginas de Perspectiva Teológica sobre las imperfecciones de nuestro trabajo anterior.

Hemos comprobado sin embargo con satisfacción, que las autoridades que hemos podido compulsar después, sancionan — esa es nuestra modesta impresión — por lo menos la exactitud global de nuestro trabajo.